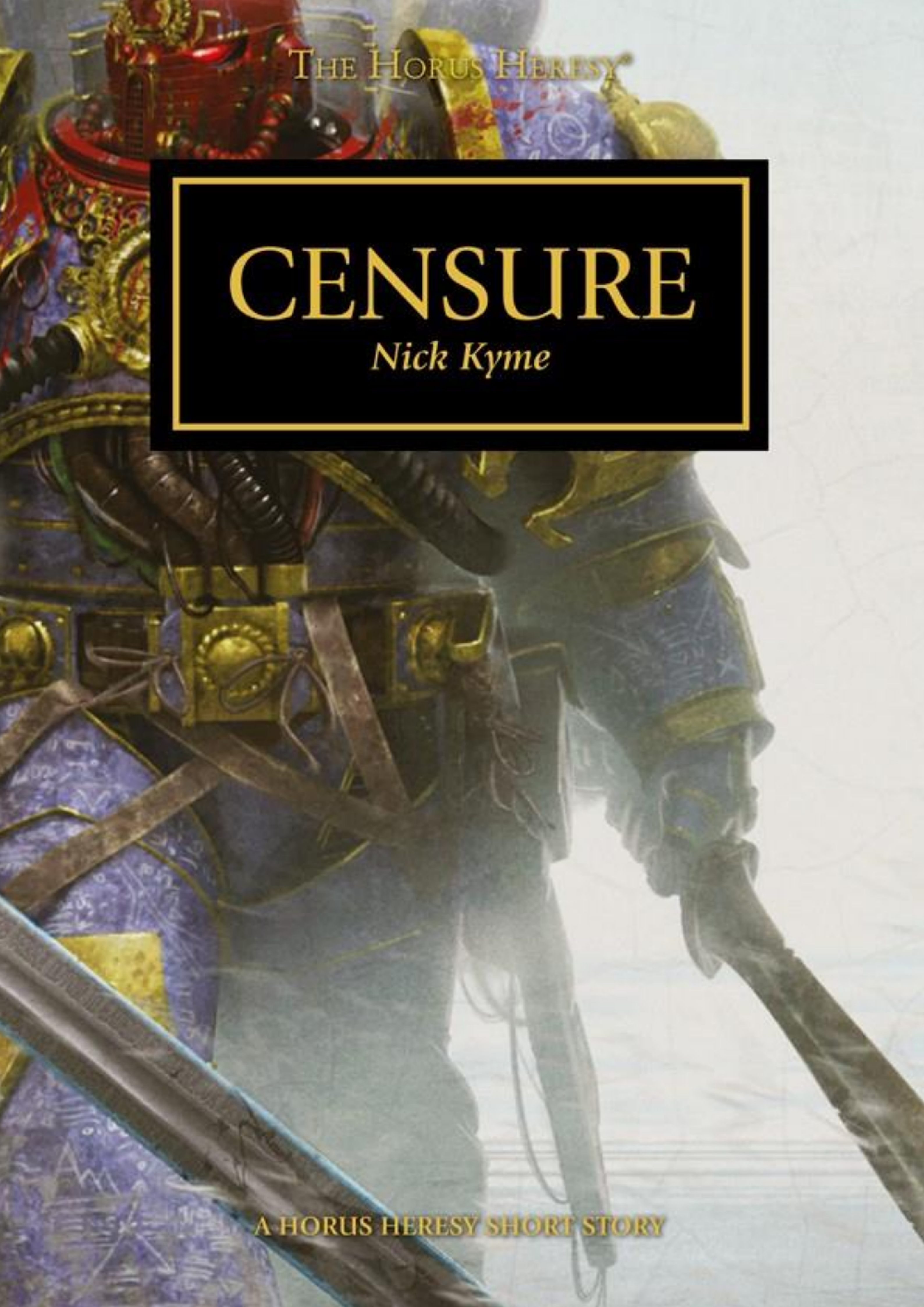

THE HORUS HERESY
CENSURE
Nick Kyme
A HORUS HERESY SHORT STORY



LA HEREJÍA DE HORUS

CENSURA

NICK KYME

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Ultramarines

AEONID THIEL	Sargento de la 135ª compañía de los Ultramarines
AKANIS	Hermano de los Ultramarines
VULTIUS	Capitán de los Ultramarines

La Legión de los Portadores de la Palabra

VERTHOK RAAN	Hermano de los Portadores de la Palabra
SCARBEK	Hermano de los Portadores de la Palabra
KURTHA SEDD	Apóstol Oscuro de la Tercera Mano de los Portadores de la Palabra
ESHRA	Hermano de los Portadores de la Palabra
KAELOQ	Hermano de los Portadores de la Palabra

Personajes Imperiales en Numinus

ROWD	Soldado de Numinus

Vethok Raan clavaba la vista en su objetivo a través del punto de mira, ajustando con cuidado las líneas cruzadas un poco por encima de su espalda. Soplaba un fuerte viento lateral que traía consigo el olor de la degradación radiactiva, y ajustó el cañón para compensarlo; en ese momento su compañero le susurró los datos del calibre de bronce.

—Dieciocho milímetros a la izquierda, elévalo tres milímetros.

Raan realizó los ajustes sin confirmar que había escuchado las indicaciones. No asintió, no parpadeó, ni siquiera respiró. Cualquiera de aquellas acciones podría hacer que el disparo errase, y sabía que sólo había una oportunidad. Si fallaba, tendrían que huir, y dudaba de que pudieran escapar. Scarbek y él acabarían muertos; o peor, quedarían a merced de los descarnados, que se darían un festín con ellos.

El objetivo era uno de ellos: una máquina de matar mejorada genéticamente y consagrada a la venganza. Desde que aquel mundo se calcinaba bajo la luz de su propio sol, habían estado recorriendo su superficie en busca de sangre. La unidad de energía acoplada a la espalda de su servoarmadura zumbaba y hacía rielar con su calor el aire a su alrededor. A través del traje anti-radiación Raan casi creía sentir ese halo fluctuante; prácticamente podía saborearlo.

Un pequeño remolino de polvo radiactivo obstaculizó por un instante su visión. Su dedo, húmedo de sudor en el interior del guante de goma, acariciaba suavemente el gatillo del rifle. Las correas de la máscara que tenía sujeta a la cara comenzaron a escocerle.

Raan contuvo el aliento. El objetivo estaba agachado y apenas se movía, como si estuviera escavando pacientemente en busca de algo enterrado a sus pies. La línea de visión del francotirador era como un túnel —miope y enfocada—, y se estrechó una fracción justo antes de que llegara el momento…

El azul cobalto destelló con la luz previa al amanecer, y la figura agachada pareció variar ligeramente su postura.

—Ahora —susurró Scarbek.

Vethok Raan exhaló y apretó el gatillo simultáneamente.

Tuvo la impresión de que todo ocurría a cámara lenta, casi le parecía ver la bala girando sobre su eje, las partículas de aire desplazadas a su paso, la chispa que provocó al impactar con el metal y penetrarlo.

Pero no hubo sangre. Debería haber habido sangre, incluso a través de todo ese blindaje, debería haber sido visible la señal de que el disparo había sido uno mortal.

Comenzó a girarse, a abrir la boca en un embrionario grito de advertencia, y el mundo todavía parecía transcurrir lentamente, como mantenido parcialmente en animación suspendida. No hay sangre, quiso gritar. No…

Una fría llamarada de dolor ardió en la espalda de Raan. Un instante después la garganta de Scarbek se abrió y chorreó como una bomba de agua y tiñó de rojo su traje anti-radiación hasta empapar la túnica que llevaba debajo.

El azul cobalto destelló de nuevo, sólo que esta vez estaba tras ellos, a su alrededor, apuñalándolos.

Su línea de visión se había liberado de los confines de la mira telescópica del rifle, pero seguía siendo igualmente miope: ahora se estrechaba a medida que la negrura la iba engullendo. Raan miró al distante objetivo, aún agachado, tan inerte como lo había estado desde la primera vez que lo vieran.

Entonces hubo sangre. Mucha sangre, pero era toda suya.

La oscuridad avanzó, incongruente con el día abrasado por la radiación, y Vethok Raan comprendió demasiado tarde que habían sido engañados.

Aeonid Thiel agarró con cada mano el tobillo de uno de los cadáveres y comenzó a arrastrarlos. Se había cruzado sus armas al pecho, estirando al máximo las correas para que se ajustaran a su complexión, mucho más fornida. No disfrutaba en absoluto de aquella tarea, pero era lo que debía hacer desde un punto de vista pragmático: ocultar los cuerpos, enterrarlos en el desierto de arena blanqueada por el sol.

Cuando encontró un lugar adecuado se puso a cavar. Sus manos protegidas por los guanteletes resultaron ser unas palas sorprendentemente efectivas. Debía enterrar a los muertos a una profundidad suficiente para que ni siquiera los descarnados

pudieran olfatearlos, aunque Thiel sospechaba que la radiación estaba ofuscando sus sentidos de la misma manera que estaba haciéndolo con los suyos propios. El auspex, el escáner, incluso la pantalla retinal de su casco, ninguno eran dignos de confianza en la atmósfera abrasada de Calth.

Una vez hubo cavado las tumbas y las hubo cubierto de nuevo, se fijó en la alerta del cronómetro en la lente de su ojo izquierdo. Fue una señal breve y difuminada entre la estática, pero posiblemente era la única cosa que funcionaba y que le proporcionaba algún tipo de información útil. Los niveles de radiación alcanzaban un pico. Un nuevo evento solar reverberaba en el horizonte. La ola abrasadora estaba prevista en ocho minutos, dieciocho segundos. Y contando.

Se giró en dirección al distante cadáver ataviado con una servoarmadura azul.

—Gracias por tu ayuda, hermano Akanis, pero tengo que irme.

No había necesidad de enterrarlo: los descarnados habían vaciado la servoarmadura del hermano Akanis días atrás. Sólo quedaban el blindaje y los huesos. Hubo un tiempo en el que Thiel podría haber recibido una reprimenda por una acción tan irrespetuosa —emplear a un hermano de batalla como cebo—, pero Thiel estaba acostumbrado a la censura: todavía lucía con orgullo la marca roja de su casco, aunque ya no significara lo que una vez significó. Si no hubiera contravenido a sus superiores, y posteriormente a Marius Gage, y en última instancia incluso a lord Guilliman, todos ellos podrían estar muertos. Pero no, estaban vivos y habían dejado Calth atrás. Thiel también lo había hecho, para luego regresar: un nuevo acto de insubordinación por su parte lo había devuelto allí. No era que a Aeonid Thiel no tuviera respeto hacia sus superiores, sino que simplemente había aceptado más rápidamente que sus hermanos que las reglas del combate habían cambiado. Las tácticas antiguas —tal y como estaban recogidas en el Codex, según lo llamaban— no siempre eran aplicables. Thiel llevaba un registro de sus prácticos en la superficie de su armadura, un tratado grabado en ceramita de cada ardid y estratagema que había empleado en aquella nada convencional guerra subterránea.

Había otro tramo de cable que comprobar en aquella salida. Marcó los datos sobre la superficie de su servoarmadura con un fino punzón: coordenadas, profundidad y marca de tiempo. Thiel corrió, agachado todo cuanto pudo, alejándose del muerto Akanis.

Cuando alcanzó el punto de una excavación cercana extrajo una vara sísmica de su cinto, la clavó lo más profundamente que pudo y activó el pulso de mapeo subterráneo. Tardaría unos segundos en recibir respuesta; comprobando la cuenta atrás de la lente izquierda, se dio cuenta de que tenía muy pocos a su disposición.

—Vamos, vamos… —susurró para sí mismo.

Los niveles de radiación estaban ascendiendo muy rápidamente. Un amanecer rojo y fatal ya se insinuaba en el horizonte, haciéndolo arder como una vibrante línea de fuego. Thiel notó el aumento de la temperatura; canceló la runa que parpadeaba en la pantalla del casco para acallar la advertencia imperativa de su servoarmadura.

—Un poco más…

Si daba con el corte en el cable de todas maneras debería volver otro día. No era posible que escavara en aquel momento: la emboscada había consumido demasiado tiempo. Aquella artimaña en concreto estaba recogida en la guarda de su hombro izquierdo. No era la primera vez que la empleaba, ni sería la última.

La vara sísmica devolvió una negativa.

—Maldita sea.

Thiel ajustó el nivel de profundidad e incrementó la potencia del pulso, consciente de que la radiación y las toneladas de tierra podían estar ocultando algún débil eco.

Otro lapso de varios segundos, y el cronómetro pasó de ámbar a rojo. Se estaba quedando sin tiempo.

La vara emitió otra señal de respuesta.

—Negativo… ¡Maldita sea!

Una ola de fuego recorría ya la superficie de Calth. El mundo que una vez fuera la rutilante frontera del imperio de Ultramar, ahora se había convertido en un desierto sin fin. La ciudad de Numinus no era más que una cáscara habitada por cadáveres y sombras acechantes. Las tierras bajas de Dera Caren habían desaparecido, sus bosques reducidos a cenizas. Coronando aquel panorama, Veridia ya no era la bella estrella que una vez había sido: era un heraldo de destrucción, una perla convertida en una feroz brasa de retribución infernal.

Aeonid Thiel había sido marcado con la señal de la censura, y ahora parecía que Veridia quería marcarlo de nuevo, marcarlo con la señal de la muerte, pintarlo con una llamarada solar que haría arder el rojo y el azul, tiñendo su servoarmadura de negro.

Abandonando la vara y gran parte de su equipo, Thiel corrió.

Unos ojos enrojecidos y entrecerrados seguían la huida del Ultramarine.

Incluso con los filtros de brillo de las lentes a máxima potencia, el guerrero no era más que una silueta de contornos borrosos recortada contra el brillo de aquel sol infernal. Pero los filtros atenuaron lo suficiente aquella luz para que le permitieran ver cómo el astartes se agachaba y activaba un panel oculto entre el polvo. Unos segundos después una grieta se abrió en el desierto, provocando una catarata de arena que se precipitó en el interior de la negra apertura.

Ignorante de que lo observaban, el Ultramarine corrió al interior de la oscuridad de aquel refugio oculto, con hilos de humo gris ascendiendo del metal de su servoarmadura.

Kurtha Sedd cortó la señal visual y retrajo el periscopio al interior de la caverna en la que él y su séquito aguardaban. Su servoarmadura pareció gruñir cuando se giró hacia los siete cultistas que tenía ante él. Incluso bajo la tenue luz de las lámparas de fósforo los signos que lucía grabados en la piel desnuda de sus brazos parecían brillar y retorcerse. Aún no era uno de los descarnados, pero pronto lo sería. Se lo habían prometido.

Uno de los humanos habló, su voz rasgada a través de la abollada rejilla del respirador.

—¿Y bien?

Lorgar había abandonado a aquellos hombres —leales devotos de la Palabra que habían elegido al demagogo equivocado al que seguir— en Calth para que murieran.

—Por la sangre de Erebus, los tenemos —dijo Sedd, y el chirrido de una sonrisa en su voz fue evidente.

Los cultistas rieron a su vez.

El crujido de la ceramita que se enfriaba en el aire subterráneo era lo único que interrumpía el silencio del inframundo que ahora existía bajo la superficie de Calth. Había estado cerca: las lecturas de la servoarmadura de Thiel caían todas bajo la línea roja, y los niveles de radiación estaban peligrosamente alejados de los máximos aceptables.

Tras atravesar la puerta siguió corriendo, más profundamente en las entrañas de la tierra, donde un nuevo mundo mucho más feo lo esperaba. Aquello era Calth: cavernosas arcologías no mucho mejores que tumbas.

Al final del túnel Thiel redujo su paso y se detuvo. Clavó una rodilla en tierra para recuperar el aliento. Todavía con algunos daños de la lucha a bordo del Honor de Macragge casi dos años atrás, no pudo negar el castigo adicional al que había sometido a su servoarmadura al exponerla a la llamarada solar; imaginó la cantidad de diminutas fisuras acumuladas que debían de estar reduciendo su eficacia en combate.

Una voz severa resonó en la oscuridad, interrumpiendo los pensamientos de Thiel.

—Cada vez que abandona el complejo arriesga nuestro secreto y nuestra seguridad.

Con un movimiento cansado, Thiel desenganchó los cierres que aseguraban su casco a la gorguera, y luego se lo quitó para respirar el aire fresco. Tenía un aspecto juvenil, aunque su cara mostraba unas duras facciones cinceladas por la guerra. El sudor le recorría la frente y las sienes, apelmazando su corto pelo rubio. Sus ojos eran azules, como brillantes zafiros, y localizaron en seguida al hablante en la oscuridad.

—Y cada segundo que permanecemos aislados nos arriesgamos a que nos aniquilen. ¿Está ahora vigilando de cerca mis movimientos, capitán Vultius?

Los pasos del otro Ultramarine resonaron entre las sombras hasta detenerse bajo la única lámpara de fósforo que iluminaba aquel túnel. Era una figura ribeteada de oro, con un casco laureado bajo el brazo derecho y un gladio envainado sobre su cadera izquierda. Tres remaches de servicio de platino estaban incrustados en aquella frente que era como un risco de granito. Llevaba el oscuro pelo

prácticamente rapado. Su equipo de combate estaba limpio y pulido, aunque delataba las marcas de los combates en los que había luchado, a pesar del trabajo de los armeros. Una capa carmesí caía del generador de energía hasta alcanzar la altura de sus rodillas. Los ojos del capitán Vultius eran de un verde esmeralda, fríos e implacables como el mar.

—¿Debería hacerlo, sargento?

—Práctico: cuanto más tiempo transcurra sin refuerzos, mayores son las probabilidades de que seamos superados en número. El cable de la línea de comunicaciones es el único medio del que disponemos para enviar una señal a la flota. Con éste cortado, el centro de mando está abandonado a su suerte. Y no puedo imaginar qué ha roto el cable, señor.

—Eso no es asunto de su incumbencia.

—Es el único asunto de mi incumbencia, señor. Y creo que también debería ser el suyo.

—¿Era así de impertinente ante lord Guilliman? —dijo el capitán tras un bufido—. Ahora veo por qué luce todavía la antigua marca. ¿Siempre ha sido como una medalla, verdad? Ser desafiante. Insubordinado.

Thiel suspiró.

—No soy lo uno ni lo otro, señor. Es sólo que ésta es una guerra no convencional que requiere tácticas no convencionales para librarla.

—Querrá decir «ganarla».

Thiel se mantuvo en silencio unos instantes.

—¿Puedo hablar libremente, señor?

Vultius ladeo la cabeza, incrédulo.

—¿Acaso no lo está haciendo ya, sargento?

—No, señor. No quería decir «ganarla». No hay nada que ganar en Calth. Este mundo ya no tiene ningún valor estratégico más allá de la propaganda. Calth ya está perdido.

Vultius frunció el ceño, al límite de su paciencia.

—Quizá entonces debería haberse quedado en Macragge.

—Quizá, señor. Pero pensé que podía ser de más utilidad aquí…

—Pues estaba equivocado, sargento.

Vultius se dio la vuelta y comenzó a alejarse del halo de luz fosfórica, hundiéndose de nuevo en las sombras.

—Sí, parece que sí —dijo Thiel asintiendo pensativamente con la cabeza.

La voz del capitán le llegó desde el túnel.

—Vaya a que lo limpien de radiación. Escucharé su informe en una hora.

—Intentaré no llegar tarde, señor.

Los pasos de Vultius se detuvieron, como si estuviese meditando una nueva amonestación pero al final se decidiera en contra.

—Parece que el equivocado era yo —esperó unos segundos, medio tragado ya por la oscuridad—. Pensaba que lord Guilliman lo había enviado aquí como castigo por haber desafiado su voluntad, pero ahora veo que no es así.

—¿Y eso, señor?

—Porque es evidente que soy yo quien está siendo castigado.

Sentado en el banco de la celda de post-purificación, Thiel veía a través del sucio cristal blindado cómo dos servidores restregaban su servoarmadura. La descontaminación radiactiva era un proceso lento y tedioso pero necesario.

Desde que el enemigo atacara el sol de Calth, cualquier salida a la superficie conllevaba el riesgo del envenenamiento radiactivo. Ni siquiera los astartes eran inmunes, aunque pudieran soportar una exposición mayor y más prolongada que los humanos. La última salida de Thiel habría matado varias veces a un hombre normal, pero él viviría y se sobrepondría a los efectos de la radiación de Calth.

Incluso vestido sólo con unas mallas y una simple camiseta blanca de entrenamiento empequeñecía al soldado que permanecía en pie junto a él. La chaqueta de su uniforme lo identificaba como Rowd, y lucía los colores del antiguo regimiento de Numinus. Por supuesto, ya no existía el regimiento de Numinus, ni siquiera quedaba un batallón de él. Los supervivientes de las antiguas divisiones del ejército de Calth se habían reagrupado en una fuerza guerrillera, apoyada en la medida de lo posible por los legionarios de la XIII.

—¿Cuánto le queda, soldado?

Rowd se giró, asustado por unos instantes. Thiel señaló a los servidores que se veían a través del sucio cristal.

—Mi servoarmadura, ¿cuánto le queda?

Sabía la respuesta, pero el silencio subterráneo lo molestaba: permitía a su mente divagar.

El soldado comprobó su cronómetro. Llevaba parcialmente abrochado el traje antiradiación: los pantalones y las botas estaban ajustados sobre el uniforme, pero la chaqueta estaba abierta y de su cuello colgaba, sostenida por unas correas aflojadas, la máscara de respiración autónoma; la capucha caía entre sus hombros sobre su espalda.

—Apenas unos minutos, sargento. Los servidores están terminando.

Thiel asintió como si le hubiera proporcionado datos que desconociera.

—Dime, soldado, ¿se supone que eres mi guardián?

Rowd se sobresaltó.

—Yo… no… sargento. El capitán Vultius me pidió que me asegurara de que permanecierais aquí hasta que él regresara.

Thiel se puso en pie, un gesto sencillo que le hizo cernirse sobre el soldado.

—Entonces eres mi guardián.

—Sargento —dijo Rowd preocupado—, yo sólo…

Thiel soltó una carcajada y agitó la mano en un gesto de disculpa.

—Relájate, soldado, sólo estoy bromeando. Quizá un poco de humor nos ayude a pasar el rato.

Rowd se relajó un poco. Intentó sonreír, pero el miedo en sus ojos lo traicionaba. Antes de que pudiera responder, sonó la sirena que acompañaba a la luz estroboscópica que parpadeaba sobre la puerta de la cámara de descontaminación. Segundos después, el siseo de la presión neumática precedió a la apertura de la misma y a través de ella surgió un servidor que portaba la servoarmadura de Thiel.

El ultramarine comprobó satisfecho que las marcas que había grabado sobre su superficie aún seguían allí. Rowd también las vio, y entrecerró los ojos.

—¿Qué es eso?

—La legión los llama «prácticos». Esto es un archivo de cada táctica, estratagema y treta que he empleado desde que llegué a Calth.

—¿Vuestra servoarmadura no cuenta con un sistema interno para eso?

Thiel sonrió mientras cogía el avambrazo que le tendía el servidor.

—Ya lo tengo lleno. He estado muy ocupado. Ven, ayúdame a ponerme esto.

Rowd asintió y se acercó a él.

En ese preciso instante, los ecos sordos de una violencia desatada resonaron al final del túnel frente a ellos.

A Thiel le había llevado tres minutos rearmarse con la ayuda de Rowd. Habían tardado otros tres minutos en recorrer la mitad del túnel que llevaba al centro de mando donde el ultramarine esperaba que Vultius aún estuviera al mando.

Tres secas detonaciones resonaron en aquella penumbra fosfórica, más fuertes que todas las anteriores. Thiel redujo su paso a una ligera marcha, su armadura repiqueteando. Rowd lo alcanzó, casi sin aliento.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el soldado.

—Disparos de bólter.

El color desapareció de la cara de Rowd, duramente iluminada por la parpadeante lámpara sobre su cabeza.

—Eso es… un arma de las legiones.

—Sí.

Rowd comprobó el cargador de su rifle láser y quitó el seguro con el pulgar. Thiel había desenfundado su pistola y blandía además su gladio.

Al ruido de los disparos se unió el de los gritos. Reconoció alguna de las voces; una pertenecía al capitán Vultius, que gritaba órdenes. Otras eran más duras y guturales. Conocía aquel idioma aunque no supiera hablarlo.

La lengua de Colchis. Portadores de la Palabra.

Los puños de Thiel se apretaron alrededor de las empuñaduras de sus armas. Pensó en sustituirlas por la espada electromagnética envainada junto al generador de su espalda, pero aún no sabía a qué se estaban enfrentando. No había práctico con el que preparar su respuesta, ni teórico que mereciera la pena formular en aquellos extraños días de fratricidio.

—Detrás de mí.

Thiel avanzó en guardia los últimos cientos de metros del túnel. Había unas compuertas al final del corredor. Un panel con varias teclas para introducir una contraseña impedía que las puertas se abrieran, pero de alguna manera el enemigo había localizado la base de operaciones y se había infiltrado en ella.

El sonido de la batalla se intensificaba, claro incluso a través del grueso plastiacero de aquellas hojas. Thiel se detuvo en el umbral y tecleó la secuencia numérica para abrirlas. Hubiera preferido alguna otra ruta, pero aquella era la más directa para acceder al centro de mando. La apertura de aquellas compuertas anunciaría su presencia. Debería estar preparado para lo que fuera que lo guardara al otro lado de ellas. Los recuerdos de la lucha a bordo del Honor de Macragge lo asaltaron como una serie de fríos destellos. Thiel intentó reprimirlos, deseando que en aquella ocasión sólo tuviera que enfrentarse a enemigos mortales.

—Cada puerta, un nuevo horror…

Rowd lo miró.

—¿Qué?

—Nada.

Con un ruido más intenso que el de los disparos, los gritos y las maldiciones, las compuertas comenzaron a abrirse.

—¡Permanece a mi lado, Rowd!

Con la cabeza baja, Thiel atravesó el hueco entre las puertas y se pegó a la pared lateral, absorbiendo los retazos de datos tácticos que le proporcionó su breve vistazo a la sala. Gran parte del centro de mando había sido destruido, la mayoría de los cogitadores y de las consolas del estrategium reventadas. Las luces parpadeantes que colgaban sobre sus cabezas sugerían que lo que quedaba de la instalación funcionaba ya con el generador de reserva. Las compuertas de la pared opuesta estaban derribadas y desgarradas sobre el suelo ennegrecido por la explosión con la que el enemigo había penetrado allí.

Tres ultramarines se parapetaban tras las columnas de carga del centro de la sala, de las que los disparos arrancaban parte de las filigranas. Uno de ellos era el capitán Vultius. La sangre le goteaba sobre los ojos de una profunda herida en la cabeza que estaba afectando a su puntería. Estaba agachado, disparando esporádicamente, y el hueco sonido que hacía su pistola indicaba que el cargador estaba a punto de agotarse.

Quince objetivos se repartían al otro lado de la cámara, y avanzaban en parejas. Thiel contó siete que llevaban servoarmadura, aunque todos lucían los brazos al descubierto. Los otros ocho eran cultistas humanos, vestidos con chalecos antibalas, túnicas y enarbolando armas de proyectiles y rifles láser robados. Pobremente equipados pero bien motivados, se movían con una disciplina poco común entre aquellas hermandades de fanáticos.

Una ráfaga de tres disparos de la pistola de Thiel alcanzó a uno de los portadores de la palabra en el vientre y lo hizo doblarse sobre la herida abierta, aturdido. Rowd también acertó con su disparo, travesándole la garganta a un cultista, que murió en el acto.

—¡Buen puntería! —reconoció Thiel.

—Le apuntaba al torso…

Los dos estaban con la espalda pegada a la pared de la cámara, aprovechando dos oquedades naturales que había en ella. La lluvia de disparos enemigos les impedía avanzar. Un ruido blanco resonó en el canal de voz del casco de Thiel, y después de entre las interferencias surgió la voz del capitán Vultius.

—Han volado la puerta, Thiel. Numetor y Hargellus están muertos. Práctico: hemos sido asaltados y superados.

—Cuento siete legionarios y siete cultistas, señor.

—Negativo. Hay al menos el doble de auxiliares humanos.

Thiel apretó los dientes.

—Lo siento, señor, ha sido culpa mía. Han debido de seguirme.

Teórico: estaban perdiendo, y en unos pocos minutos el centro de mando sería ocupado por el enemigo. Thiel aún estaba intentando formular algún plan de combate cuando la voz del líder enemigo se proyectó por toda la cámara, por encima del tumulto del tiroteo.

—Soy Kurtha Sedd, apóstol de la Tercera Mano, XVII Legión. Os superamos en número y os rodeamos. Rendíos y vuestras vidas, y las de los que están a vuestro servicio, serán perdonadas.

El centro de mando era parte de una red de arcologías mayor: era el punto desde el que los Ultramarines habían coordinado los refugios locales en los años anteriores. No había refugiados allí, pero sí civiles. Catorce hombres y mujeres, apenas un tercio de ellos militares; el resto eran logistas, ingenieros y cocineros, todos ellos a cubierto junto a sus defensores. Algunos sostenían en las manos temblorosas pistolas láser. Otros yacían muertos, alcanzados por disparos enemigos o por sus propias manos. Como Thiel, Vultius era responsable de ellos: eran la sangre de Calth, de la poca que quedaba.

Vultius le dio una orden.

—Fuera, Thiel. Es el único que puede escapar.

—¿Se rinde, capitán?

—Quieren prisioneros… eso le dará tiempo, sargento.

—¿Tiempo para qué, señor?

—Para organizar una misión de rescate. Es como dijo, sargento: ésta es una guerra no convencional que requiere tácticas no convencionales. Éstas son las mías. En marcha.

La boca de Thiel se convirtió en una delgada línea cuando comprendió lo que debía hacer.

—Retirada.

Rowd lo miró, confuso.

—¿Sargento?

—A las compuertas. Ahora. Nos vamos.

Thiel escudó a Rowd mientras este volvía al túnel. Se agachó cuando una ráfaga de disparos los siguió por el hueco entre las puertas de metal.

Arriesgándose a recibir un disparo, Thiel se detuvo para introducir de nuevo el código con el que asegurar las compuertas, y después disparó al panel antes de que comenzaran a alejarse.

Las puertas estaban todavía cerrándose cuando oyeron una explosión a sus espaldas que tiró de bruces a Rowd y que hizo que Thiel se tambaleara y tuviera que apoyarse en la pared. Mirando atrás, vio varias figuras que avanzaban entre el humo. El metal retorcido se abría a ambos lados del vano, ambas puertas desgarradas. Agarró a Rowd y lo puso en pie.

—Arriba, soldado. Aguantaremos nuestra posición aquí.

Rowd estaba ligeramente aturdido pero siguió aquella orden, recobrando la compostura y disparando con una rodilla a tierra. Tres gritos recompensaron sus esfuerzos; una de las muertes había sido sin duda obra de Rowd. El resto de los cultistas se mostraron más cautos tras eso.

Thiel alzó un puño cerrado, indicando a Rowd un alto el fuego.

Más allá del túnel, el eco de los disparos de bólter y de láseres se fue desvaneciendo. Las siluetas que se reunían entre el humo que se disipaba estaban retrocediendo; una voz más grave que las otras parecía estar impartiendo órdenes.

—Se retiran… —dijo Rowd aliviado.

Thiel seguía escuchando atentamente. Hubo más murmullos, y el seco clic de metal contra metal. Abrió más los ojos cuando reconoció el sonido: era el del seguro de una granada retirado.

—¡Al suelo!

Su advertencia fue devorada por un doloroso bramido de ruido blanco, intensificado por los estrechos confines del túnel. Rowd gritó cuando una potente luz blanca llenó aquel espacio, brillante como el iracundo sol de Calth.

—Granadas… aturdidoras…

Thiel farfulló las palabras. Se sentía aturdido, los oídos le pitaban, sentía la cabeza como en el interior de un tambor redoblante. Las detonaciones habían saturado los sentidos automáticos de su casco que habían transmitido aquella sobrecarga directamente a su corteza cerebral.

Un humo nuevo llenaba el túnel, y surgía de más granadas. Gruñendo, Thiel se obligó a ponerse en pie. Las lentes retinales de su casco seguían saturadas, por lo que se lo quitó y lo enganchó a su cinto, dejando que se recalibrara. Todo se volvió más ruidoso, y el hedor de la cordita se hizo más potente. Todavía tenía la vista borrosa, por lo que se agachó por si los cultistas llegaban disparando. Pero no lo hicieron. Por el momento sólo se oían pasos apresurados entre los últimos retazos del final del combate.

Thiel puso en pie al mareado Rowd.

—Algo no va bien…

Los cultistas regresaban. Junto el ruido que hacían sus movimientos, Thiel podía escuchar sus risas. Parpadeó, en un intento por disipar las imágenes fantasma que aún veía al cerrar los ojos. Todavía bajo los efectos de la granada aturdidora y el humo, su puntería estaba severamente comprometida.

Algo se acercaba. Unas siluetas borrosas —no podía precisar exactamente cuántas a aquella distancia— corrían hacia ellos. Disparó, pero falló. Unos óvalos carmesíes emergieron de entre el denso humo, las lentes de unos visores infrarrojos, ardientes en aquella oscuridad con la certeza de sus sistemas de búsqueda de calor.

Cerrando los ojos, Thiel escuchó atentamente. Tres atacantes, cargando a toda velocidad. Alzó su pistola con ambas manos, los párpados aún apretados. Apuntó y disparó, y en respuesta le llegó un grito de dolor.

—Quedan dos… —se dijo para sí mismo.

Inspiró profundamente, concentrándose. El siguiente disparo sólo rozó al objetivo: escuchó cómo el proyectil rebotaba, cómo el enemigo gritaba mientras intentaba recuperar el equilibrio. Con otro disparo le alcanzó de lleno, haciéndolo saltar en pedazos.

—Uno más…

El cultista gritó, tan fuerte, tan cerca, que Thiel comprendió que se había quedado sin tiempo. Abrió los ojos, sólo para ver a aquel hombre enloquecido que apretaba el detonador que llevaba conectado a las cargas explosivas que le revestían el torso.

La explosión arrancó del suelo a Thiel y lo estrelló contra el techo del túnel. El retumbar de la roca deslomándose fue ensordecedor.

Mientras la oscuridad lo reclamaba, tuvo la impresión de que se precipitaba a las fauces de una criatura que viviera más allá de la realidad, al otro lado del velo.

El ruido de algo que rascaba contra la coraza de su servoarmadura lo despertó.

Thiel abrió los ojos en medio de aquella oscuridad, percibió el olor de tierra y roca húmedas. Algo enormemente pesado presionaba sobre su espalda. Intentó moverse, pero estaba inmovilizado. Respirar ya era bastante duro.

—Soldado…

Aquella palabra fue apenas un suspiro, ahogada por la tonelada de roca encima de él. Era Rowd quien estaba rascando su servoarmadura, sus brazos apretados contra el pecho y los dedos aferrados al cuchillo con el que desesperadamente rozaba el metal a la espera de una respuesta.

—Gracias al Emperador —su voz sonaba atenuada tras la máscara.

Thiel estaba a gatas sobre él, y era el cuerpo atrapado del ultramarine lo único que había impedido que muriera aplastado. Rowd había pensado lo bastante rápido como para haberse ajustado la máscara antes de que el túnel se derrumbara.

—¿Podéis levantarlo? —preguntó Rowd.

Thiel sentía como si un tanque estuviera situado sobre su espalda. Probó empujar. Gruñendo, logró alzar unos milímetros la losa de piedra que poco a poco los estaba aplastando. Volvió a su posición inicial lentamente.

—No… puedo… levantarla más…

—¿Entonces los marines espaciales también tienen sus límites? —dijo Rowd en una broma nerviosa que ni siquiera le hizo gracia a él—. No quiero morir aquí, señor.

—Yo tampoco. Por eso vas a alcanzar una de las granadas que llevo al cinto. ¿Puedes hacerlo, soldado?

Rowd asintió, dejando a un lado el cuchillo. Los brazos de Thiel estaban cada uno a un lado suyo, soportando aquella carga, de manera muy parecida a como tenían atrapadas las piernas; eso dejaba muy poco espacio de movimiento al soldado, pero Thiel notó cómo desenganchaba una de las granadas y cómo esta rozó su coraza cuando el soldado se la acercó a la cara.

—¿Y ahora qué?

—Ajusta el temporizador a treinta segundos, después colócala en el hueco entre mí y la roca. Empújala todo lo hondo que puedas. Sin una servoarmadura, una explosión así te matará si te alcanza.

—¿Y vos?

—Me dolerá como el infierno —contestó Thiel resignado—. Ahora, hazlo.

Rowd obedeció. Ajustó la cuenta atrás a treinta segundos, la activó y la colocó lo más lejos que pudo a la espalda de Thiel para que éste le sirviera de escudo.

—Hecho.

—Bien. Tenemos menos de veinte segundos. Encógete, hazte tan pequeño como puedas. Y hazme un favor: tápame los oídos.

Con las manos temblorosas de Rowd apretadas a ambos lados de su cabeza, Thiel sintió la cuenta atrás de la granada como si el temblor de cada segundo arrojara ondas por toda sus servoarmadura. A tres segundos del final, cerró los ojos.

El calor, la presión, el sonido de la roca astillada, el hedor del metal abrasado y el sabor de la sangre en la boca: todo aquello lo golpeó simultáneamente en un remolido de sensación agónica. Thiel había soportado la explosión, aunque notaba los miembros adormecidos y la integridad de su equipo de combate había quedado seriamente comprometida.

Por encima de ellos el aire estaba iluminado y pudo darse la vuelta, no sin un intenso dolor. Los escombros y el barro cayeron de su espalda.

—¿Estás vivo?

—Sí… —dijo Rowd con una sincera falta de convicción.

—Entonces ayúdame, soldado. Puedo oír a los cultistas avanzando entre los escombros. Vienen a por nosotros.

Sin un apotecario, era difícil para Thiel saber el alcance de los daños que había sufrido. Notaba una hemorragia interna, fracturas a lo largo del caparazón de las costillas y posiblemente también en el hombro izquierdo. Cuando se puso de nuevo el casco, la pantalla retinal reveló los daños en el blindaje y en los cierres herméticos de su servoarmadura, así como en los capacitadores del generador.

Thiel se puso en pie como pudo, apartando a los lados los dos pedazos en que la granada había convertido la roca que los apresaba. Se quedó quieto unos instantes en medio de la nube de polvo y tierra suspendida, intentando localizar a los enemigos.

—Contacto visual. Cuatro figuras, treinta y tres metros.

Desenfundó su pistola, según el contador lateral le quedaban tres proyectiles en el cargador. Los disparó en una sola ráfaga que iluminó la penumbra con su destello. Los tres cultistas quedaron reducidos a pedazos de carne desparramada.

El cuarto murió más elegantemente bajo un preciso disparo de láser de Rowd. Thiel asintió.

—Ese ha sido un disparo muy bueno.

Rowd aún se estaba limpiando la cara de sudor y el polvo. Se había quitado la máscara para disparar.

—Lucho por Ultramar, sargento, incluso aquí entre la suciedad. Y la retribución es un motivador muy potente. Ayuda a concentrarse.

—Bien dicho. ¿Qué hacías antes de unirte al ejército?

Rowd vaciló.

—Era… era un convicto, señor. Soy un recluta penal.

Thiel dejó escapar un silbido, pero había una sonrisa en su voz.

—¿Qué te parece…?

En ese momento sonaron las detonaciones de proyectiles sólidos. Una bala rebotó contra la pared, escupiendo esquirlas. Otra alcanzó la guarda del hombro de Thiel, dejando un profundo surco en la ceramita. Más allá, se oía el ruido de un arma pesada empujada hasta su posición, sus cadenas resonando sobre los escombros. Los artilleros la estaban afianzando, instalando el punto de mira y colocando en la ranura la cinta de munición. Thiel no sentía deseos de volver a poner a prueba su servoarmadura.

—Tenemos que movernos.

Sin que se lo pidiera, Rowd sostuvo el debilitado lado izquierdo del ultramarine, y ambos fueron capaces de adentrarse más en el túnel. Doblaron una esquina justo antes de que el cañón automático abriera fuego. Rowd se quedó en cuclillas. Thiel colocó un nuevo cargador en su pistola.

—¿Y ahora qué?

—No podemos volver atrás —dijo Thiel mientras miraba cómo el fuego sostenido del enemigo hacía pedazos la pared del túnel, masticando roca y tierra como un taladro—. Los legionarios enemigos no estarán muy lejos —revisó el cronómetro del visor retinal; no se había detenido en ningún momento, igual que la marca operativa que había estado contando desde que la lucha en Calth comenzara—. La llamarada solar a estas horas debe de haber remitido. Hay una salida no muy lejos de aquí.

—¿Salir a la superficie? Pero eso es…

—Una mortal tierra baldía abrasada por la radiación —por su tono era claro que había tomado una decisión—. Teórico: tenemos que pensar en una aproximación distinta al ataque, sorprender a Kurtha Sedd y a sus hombres. Práctico: si nos quedamos aquí, estamos tan muertos como los demás. El capitán Vultius no responderá si no puede garantizar la protección de los civiles en la lucha. Sedd quiere prisioneros.

Rowd no parecía nada convencido.

—Parece que ambas elecciones llevan a la muerte, sólo que una es más lenta que la otra…

Thiel se puso en movimiento, aparentemente sin haberlo escuchado.

—Ajústate el traje, y estate atento al medidor de radiación.

—No creo que eso vaya a servir de mucho cuando llegue la siguiente llamarada solar. ¿Dónde iremos cuando salgamos de aquí?

Thiel lo miró a través de las frías lentes de su casco.

—A algún lugar bajo tierra, y rápido. Si no, ambos arderemos.

Kurtha Sedd permanecía en pie, impasible, su forma semioculta entre las sombras y el humo que se disipaba. Lo poco de su servoarmadura que relevaba la luz fosfórica era una superficie dentada, deformada y grabada con líneas de escritura cuneiforme. La mayor parte lo había escrito él mismo, puesto que se consideraba un predicador. Algunos de los pasajes se extendían más allá del metal por encima de su piel, pero a diferencia de las líneas sobre el blindaje, aquellas líneas estaban escritas con su propia sangre y no con la de sus víctimas. Con los brazos cruzados, esperaba.

Tres cultistas emergieron de entre las sombras, seguidos por uno de los legionarios. Se dirigió sólo al portador de la palabra.

—Eshra. ¿Dónde están?

—Han escapado, mi señor.

El legionario se arrodilló cuando llegó a la altura de Kurtha Sedd, ofreciendo su cuello para el castigo de la decapitación ritual.

—Alza la mirada, no voy a matarte por este fracaso. Pero deberás realizar un acto de expiación.

Desde que Lorgar había dejado a aquellos errantes hijos suyos para que murieran en Calth, una mentalidad obsesiva se había extendido entre ellos, motivada por un instinto de supervivencia alimentado por una negativa moralmente justificada. Sedd creía fervientemente que habían sido dejados atrás con un propósito divino aunque todavía no revelado.

Eshra no llevaba puesto su casco. Lo había perdido varias semanas atrás y no había intentado hacerse con otro: lucía así sus cicatrices como una declaración de su devoción.

—Decidme cuál.

Se golpeó con el puño en la coraza, un saludo de tiempos pasados que Sedd prefirió ignorar. Los ojos del apóstol eran como brasas tras las lentes de su casco labrado como una calavera.

—Síguelos.

Eshra lo miró perplejo.

—¿Al desierto radiactivo? ¿Sin servoarmadura completa?

—Enfermarás y morirás, pero durarás lo suficiente como para atrapar a nuestra presa. Piensa en ello como una mortificación.

—Pero mi señor, yo…

El golpe fue rápido, tanto que separó la cabeza de los hombros de Eshra antes de que ninguno de los presentes hubiera sido capaz de ver la hoja que se había extendido del interior del avambrazo de Kurtha Sedd.

—Kaeloq.

Otro guerrero avanzó desde detrás de la espalda y se postró ante el apóstol oscuro. Éste tenía el juicio suficiente como para seguir llevando puesto su casco de combate. Un cuerno retorcido trazaba un arco desde su sien izquierda.

—Sí, mi señor.

Su voz no era una sino dos, superpuestas y ligeramente desincronizadas.

—Noble Kaeloq, ¿tú también rechazarás este honor?

Kaeloq alzó la mirada.

—¿Queréis sus cabezas, o sólo sus lenguas?

Bajo el rictus de su máscara, Kurtha Sedd sonrió.

Un viento caliente recorría las abrasadas ruinas de la ciudad. La llamarada solar había dejado varios incendios a su paso. Algunos eran pequeños, agitándose a ambos lados de la carretera o en el interior de las cáscaras en las que se habían convertidos los edificios bombardeados, y daban la impresión de ser pequeñas velas funerarias. Otros eran vastas conflagraciones que devoraban distritos enteros y dejaban tras de sí nubes de hollín.

Thiel miró al horizonte y después a Rowd.

—El distrito de Mercius Sur. Mira, esa estatua representa al fundador.

Antes de los fuegos, antes de que Veridia convirtiera Calth en un páramo calcinado, hubo también un distrito norte y un distrito este y un distrito oeste. Granjas agrarias a una escala industrial, todos ellos. Viñedos cuidadosamente cultivados, amplias avenidas, bosques de coníferas, ahora todo polvo y ceniza. Más de cincuenta mil trabajadores, y sólo aquel esquelético monumento para llorarlos.

Thiel sabía todo acerca de Mercius y de su fundador. Los archivos sobre las principales ciudades y distritos de Calth eran muy detallados. Ahora eran poco más que documentos históricos, notas a pie de página que describían un mundo roto.

Rowd tosió tras su máscara, empañando las gafas con su aliento.

—¿Estás herido, soldado?

—Estoy bien, señor.

La mirada de Thiel se detuvo un momento en él antes de volver su atención de nuevo hacia las ruinas.

—Abre bien los ojos entonces. Podrá haber cualquier cosa acechando en esas sombras.

—¿Qué hombre podría sobrevivir aquí fuera?

—No son los hombres de lo que debes preocuparte…

Desde que llegaran a las afueras de Mercius Sur, no se habían encontrado un alma. Los cadáveres — restos de huesos abrasados esparcidos por el suelo en todas direcciones— no contaban.

Thiel avanzaba despacio. Había ordenado a Rowd que permaneciera veinte pasos tras él. Comprobaba cada sombra, cada fisura, cada grieta, todas las cuales parecían prolongarse a medida que se movía. En silencio, alzó un puño cerrado.

Rowd se detuvo inmediatamente. Parecía que algo había atraído la atención del ultramarine. Un tanque, concretamente un Rhino TBT de la XIII Legión, bloqueaba la carretera. La voz de Thiel resonó en el canal de voz del traje anti-radiación de Rowd.

—Aguarda aquí.

El ultramarine avanzó solo, sosteniendo su bólter en las manos a la altura de la cadera. Inapropiado para la lucha en los estrechos túneles, el mayor alcance de aquel arma la hacía idónea en campo abierto. Llevaba enfundada su pistola, envainado el gladio, el cuchillo de combate en el tobillo y la espada electromagnética cruzada a la espalda. Aunque los sistemas del casco eran poco útiles en medio de aquella radiación, el cronómetro continuaba su cuenta hacia la próxima llamarada solar prevista. La precaución era un lujo que apenas podían permitirse, pero la impaciencia podía ser fatal.

Alcanzando el transporte blindado, Thiel se percató de que la rampa trasera estaba desplegada. Con el bólter apuntando al interior, la recorrió. Dentro del vehículo el daño del fuego parecía superficial, la mayor parte estaba indemne. El conductor permanecía desplomado sobre los mandos, muerto; un agujero se abría en su casco, ribeteado de sangre oscura y reseca. Thiel había visto heridas como aquella antes.

—No es la herida de una hoja… —se dijo.

Un grito del exterior lo alertó. Salió corriendo en auxilio de Rowd.

—¡Allí!

El soldado apuntaba con su rifle láser hacia arriba. Thiel siguió la línea que indicaba y se encontró con algo que parecía una estatua de camposanto, como una gárgola eclesial, agazapada y rodeada de sus alas sobre los restos de una torre.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Rowd sin dejar de apuntala, a pesar de su inmovilidad.

—Un demonio… una vez. Ahora sólo es una cáscara.

Como con intención de confirmar sus palabras, un fuerte viento erosionó la estatua hasta convertirla en copos de ceniza. Por fin, Rowd bajó su rifle láser, pero siguió mirando al par de pies rematados en garras que quedaron en el borde de la torre semiderruida.

—¿Qué le ha pasado?

Thiel se encogió de hombros.

—El velo se restablece de nuevo, supongo. Los demonios desaparecen cuando no pueden mantener contacto con el otro lado desde el plano mortal. Creo que ya no quedan auténticos demonios en Calth.

Rowd cruzó su mirada con la del ultramarine.

—¿Cómo podéis saber eso?

—¿Has visto alguno?

—No…

—Pues eso. Los descarnados se han ido…

Thiel exhaló profundamente, agotado, y se apoyó en el Rhino. Algo oscuro goteaba entre las junturas de su servoarmadura. Rowd se fijó en ello.

—Aún estáis sangrando.

—Apenas me tengo en pie. Ayúdame a entrar en el tanque…

Juntos lograron llegar al interior del vehículo. Thiel se dejó caer contra la pared blindada, con la respiración entrecortada.

—¿Qué debo hacer? —dijo Rowd.

—Quédate aquí. Si nos están persiguiendo quizá no pasemos desapercibidos en este escondite, pero seguro que nos matarán si nos encuentran fuera. Me recuperaré… sólo necesito… un momento… —gruño de dolor, un sonido ahogado por la rejilla de su casco—. Esperemos que mi recuperación no tarde demasiado. No queda mucho para la llamarada solar.

Rowd suspiró.

—¿Algún… práctico?

Thiel se rió ante aquel humor negro.

—Háblame de tu anterior vida en Calth, soldado. Recuérdame por qué luchábamos antes de que nuestros hermanos nos traicionaran.

Rowd se encogió de hombros, mirando al suelo.

—No hay mucho que contar. Era agricultor, y trabajaba en los campos de Vollard recolectando grano para los silos —hizo una pausa, jugueteando distraídamente con uno de los cierres de su traje—. Yo… maté a mi supervisor cuando intentó violar a mi mujer. El disparo le atravesó el corazón. Murió instantáneamente.

Thiel dejó caer la cabeza hacia atrás, hasta tocar el metal. Dejó escapar otro suspiro de dolor.

—Eras… convicto de asesinato…

Rowd asintió.

—No tenía prueba alguna del asalto. Yo era un campesino, él un supervisor… —su voz cambió, amarga por el recuerdo, por la pérdida—. Sin mí, mi mujer y mi hija se quedaron solas. Creo que murieron poco antes de la guerra. Una bendición, supongo. Yo pensaba que moriría en mi celda, pero en lugar de eso me alistaron en el ejército. Me marcaron para censura, si lo preferís —Rowd hizo un gesto hacia el casco de Thiel—. Como a vos.

La risa de Thiel sonó forzada, pero por el dolor, no porque estuviera en desacuerdo. Tras aquello, un denso silencio descendió sobre ellos. Fue Rowd el que lo rompió tras unos minutos.

—No saldremos vivos de este tanque, ¿verdad, señor?

—Quizá podamos… hacer que el tanque se mueva. Quizá ya se haya… autorreparado…

Rowd miró a su alrededor.

—¿Puede hacer eso?

Thiel no contestó. Permanecía en silencio, quieto, mientras su mente y su cuerpo hacían las reparaciones necesarias para volver a funcionar de nuevo. Los Ultramarines eran especialmente buenos en aquellas recuperaciones. Lo hacían eficientemente, más rápido y mejor que las demás legiones. Esa era una de las razones por las que eran tan difíciles de matar. Y últimamente habían ejercitado mucho aquella habilidad.

El turbio brillo de una servoarmadura a lo lejos, frente a la rampa del Rhino, fue lo que devolvió a la realidad a Rowd. Se dio cuenta de que había estado perdido en ensoñaciones en lugar de vigilando. Sin su cronómetro, no tenia forma de saber cuánto tiempo llevaba inconsciente Thiel. Lo que era innegable es que la línea del horizonte reverberaba y que el aroma del calor y el fuego impregnaba el aire. Ninguno de los dos era una buena señal. Lentamente se acercó a la compuerta para tener mejor visibilidad.

La partida de caza había dado con ellos, o al menos habían pensado que aquel Rhino podía ser un escondite factible. Avanzaba en su dirección: cuatro cultistas y un legionario con una horrenda máscara de combate. Un cuerno brotaba de un lado de su cabeza. Cadenas dentadas de hierro negro repiqueteaban contra su servoarmadura. Llevaba los brazos descubiertos, que eran dos masas de carne cubierta de cortes cuneiformes, oscurecidas por las quemaduras radiactivas. En una mano sostenía un cuchillo ritual dentado, en la otra un bólter con otra hoja afilada acoplada bajo el cañón.

Rowd estimó que apenas tenían unos minutos antes de que descendieran por la ladera del cráter en el que el Rhino languidecía. Apresurándose, estaba a punto de tocar el avambrazo de Thiel cuando el ultramarine despertó y lo sujetó de la muñeca. Suprimiendo un grito, Rowd hizo un gesto hacia la rampa.

—¿Cuántos? —todavía desorientado, se acercó a una de las ranuras y sacudió la cabeza—. Están cerca… —entonces vio la línea del horizonte—. Pero eso está más cerca aún.

Rowd ya estaba junto a la rampa, apuntando con su rifle.

—Puedo matar a dos antes de que estén lo bastante cerca como para vernos…

Thiel ladeó la cabeza.

—¿Y dices que eras recolector de grano…?

—Eso deja mucho tiempo libre en los campos. Solía disparar a latas de conserva con el viejo rifle láser de mi padre. Él fue francotirador en el ejército.

—Suerte que el talento no saltó una generación —sonrió Thiel—. Lo siento por las latas. Dos entonces, soldado. Yo me encargaré de los demás. El legionario muere el último.

Rowd asintió. El plan estaba decidido.

El soldado esperó otros cinco segundos más antes de hacer su primer disparo. Reventó el ojo del cultista más cercano, haciendo que el rayo láser proyectara masa cerebral y hueso por el agujero que abrió en la parte posterior del cráneo. El segundo murió con una quemadura a lo largo de la garganta, como si lo hubieran degollado con un cuchillo al rojo vivo. Ambos se desplomaron, uno a escasos segundos del otro. Dos proyectiles de bólter, su detonación amplificada por el metal del Rhino, precedieron a las explosiones de los otros dos humanos.

Entonces Rowd pudo ver lo que se cernía sobre ellos y se dio cuenta de que se estaban quedando sin tiempo.

Thiel estaba a punto de disparar al legionario cuando la primera llamarada de luz lo cegó. Avanzando sobre el desierto, rugiendo entre las ruinas y las dunas de ceniza, avanzaba una cortina de fuego refulgente. Se movía en oleadas, unas sobre otras,

ondulantes, abrasadoras. Era hermoso y terrorífico: la materialización misma de la destrucción. Y venía a por ellos.

—¡Haz que esta cosa se mueva! ¡Ya!

Siguiendo la orden, Rowd se precipitó hacia la consola de mandos del Rhino en el momento en el que volvía el ruido de bólter.

—¿Cómo lo hago?

Miraba a los mandos, de una escala mayor que la de sus manos mortales.

—¡No es muy diferente de una cosechadora! ¡Arranca el motor y pisa el acelerador hasta el fondo!

El calor en el Rhino aumentaba, como si estuvieran montados en el interior de un horno, a medida que se acercaba la tormenta de fuego. Rowd escuchó los gritos de Thiel y los secos impactos de los proyectiles al golpear con las placas blindadas. Otra voz invadió aquel caos, profunda y gutural. No necesitó girar la cabeza para saber que se trataba del portador de la palabra.

Localizó el botón de contacto y lo golpeó. El tanque se agitó… y luego se quedó de nuevo inerte. Lo intentó de nuevo.

Algo pesado cayó al interior del compartimento de tropas a su espalda. Un grito de Thiel lo hizo mirar por el retrovisor. El portador de la palabra estaba a bordo, y los dos marines espaciales luchaban cuerpo acuerpo.

—¡Cierra la cabina! —le gritó el ultramarine.

Rowd lo intentó, pero la compuerta estaba deformada y no se deslizaba sobre su raíl. Desesperado, golpeó de nuevo el botón de contacto, el sudor empapándolo en el interior de su traje anti-radiación, su respiración caliente empañándole las gafas de la máscara, el calor amenazando con hacer que se desmayase.

Volvió a golpear. Y el Rhino se agitó de nuevo y su motor comenzó a vibrar.

Algo ocurría tras él. Algo en la lucha había cambiado. Oyó gruñidos, rugidos, le pareció ver el retazo de algo inhumano, bestial, que le recordó a la estatua de ceniza, la cáscara demoníaca. Entonces se dio cuenta de que aquella criatura con la que luchaba Thiel era el portador de la palabra.

—¡Engendro del infierno! —gritó Thiel.

Desenvainó la espada a su espalda, que crepitaba con su feroz energía, casi tan feroz como el monstruo que se revelaba ante él. El portador de la palabra rio, sus dos voces burlonas.

—«Elegido», «gal vorbak», «descarnado». Tantos nombres, ninguno verdadero. Qué insignificante es la carne mortal…

Su servoarmadura se resquebrajó, se deformó y se amoldó hasta dar forma a dos alas. Una cresta de hueso y cartílago húmedos brotó de la espina dorsal del legionario. Su piel se oscureció, pasando del marrón al negro. Las pupilas verticales visibles a través de la rendija del casco del monstruo brillaron con una luz maligna.

Y tras aquella transformación, Thiel sintió sus propias heridas que lo lastraban como un ancla, y supo que aquel enemigo lo superaba.

Las imágenes fragmentarias que reflejaba el retrovisor revelaban poco de la lucha entre Thiel y el descarnado. Era una lucha brutal, un borrón de rápidas puñaladas y golpes de garras subrayadas por aquel rugido de la voz dual del monstruo.

El Rhino avanzaba en medio del fuego solar. Los restos que sembraban la carretera hacían que se sacudiera violentamente.

Empequeñecido en el enorme asiento del conductor, Rowd casi salió despedido contra el panel de mandos cuando golpearon de lado contra una pared de escombros. Se aferró al brazo del asiento a medida que la temperatura aumentaba, hasta hacer que el metal quemara con su contacto. Tenía que aguantar, seguir moviéndose, seguir moviéndose…

—Sigue moviéndote… —se dijo entre dientes.

El espejo del retrovisor estaba rajado, lo que dividía la visión de la lucha tras él en dos fragmentos. Al fondo podía ver, a través del hueco de la rampa, que Calth ardía. El horizonte había desaparecido, aniquilado por el fuego. Thiel y el monstruo eran siluetas oscuras recortadas contra aquella terrible luminosidad.

Con el violento movimiento del tanque era difícil de decir, pero a Rowd le daba la impresión de que el ultramarine estaba perdiendo. Estaba tan absorbido por la lucha, tan aterrorizado por su resultado, que no fue capaz de ver la sima que se abrió justo ante ellos.

Incluso si hubiera contado con un día completo de recuperación y una servoarmadura a plena potencia, Thiel sabía que estaría en desventaja contra aquella criatura. Era ágil, y sus potentes golpes resonaban cada vez que paraba una de sus garras: con cada bloqueo defensivo un escalofrío le recorría hasta los hombros.

Apretando los dientes, Thiel notó que algunas de sus heridas se habían vuelto a abrir. Primero notó una sensación de calidez en la espalda y después el frío, un frío que le adormecía los nervios y lo ralentizaba fatalmente.

El tanque se sacudió, haciendo que Thiel tuviera que retroceder tras un contraataque. Se tambaleó, y la espada electromagnética se escapó de su mano. Viéndolo desarmado, la bestia atacó.

El cerebro de Thiel revisaba estrategias de su archivo cada microsegundo, pero no fue capaz de dar con una respuesta adecuada cuando el monstruo lo arrojó sobre la cubierta del vehículo y presionó sus garras sobre su garganta.

—Tan insignificante, tan débil la carne mortal…

El descarnado se reía. El hedor de carne putrefacta y leche agria salía de su boca, pero Thiel no se permitió ni una arcada. Lucharía hasta el final, no mostraría debilidad alguna, y encararía la muerte con furia en su corazón. Sintió la punzada de la garra contra su carótida, y repitió el juramento de entrega en cuerpo y alma al Emperador y a Guilliman.

Justo en ese momento el suelo bajo los combatientes pareció desaparecer.

Con retraso, Thiel comprendió que estaban cayendo.

Y entonces hubo sangre. Océanos de sangre, suficiente para ahogarse en ella.

Solo, el portador de la palabra caminaba pesadamente por los corredores subterráneos en el interior de aquel pequeño y sucio mundo. En su mano llevaba una cabeza, tal como había prometido. El casco que cubría aquella cabeza aún estaba recubierto de marcas, estrategias de combate grabadas en el propio metal.

Siguió el sonido del dolor que emanaba de uno de los túneles interiores del complejo, sabiendo que aquello lo llevaría hasta el centro de mando. En la superficie del planeta en aquellos momentos se desataba un infierno que abrasaba la tierra y la volvía negra.

El accidente lo había salvado. Se habían precipitado al interior de un antiguo invernadero subterráneo —todas las plantas estaban secas, el sistema hidropónico hacía mucho que había dejado de funcionar— que estaba conectado con una de las arcologías; huyendo a los túneles había escapado del calor. Su armadura estaba ennegrecida por la sangre cocida sobre ella.

Abrió una de las últimas puertas de aquel corredor, su figura apenas visible en la penumbra. Allí los encontró. Uno de los guerreros se giró, riendo.

—¿Kaeloq? Pensábamos que estabas muerto…

Los dos portadores de la palabra tenían prisionero a un ultramarine, un capitán según la insignia de su rango. La cara de Vultius estaba amoratada y ensangrentada, un ojo sellado de carmesí coagulado. Era evidente que lo habían estado torturando: a su lado tenían una mesa oxidada sobre la que había una serie de cuchillos y garfios.

Una lámpara de luz blanca como de magnesio iluminaba duramente la escena; se encendía y se apagaba cíclicamente, muriendo y resucitando en intervalos de unos pocos segundos. Kaeloq entró en la sala.

—Todavía no.

Los dos portadores de la palabra, que habían vuelto a acercarse a Vultius para proseguir su cruel labor, se giraron inmediatamente al oír aquella voz.

La mirada de Kurtha Sedd estaba concentrada en la pantalla. Con las lámparas de fósforo apagadas, la pantalla era la única fuente de iluminación de la sala; su luz

pintaba al apóstol oscuro de un verde enfermo. Ocasionalmente la imagen parpadeaba, enloquecida de estática, pero después se estabilizaba lo suficiente para revelar el patrón.

—Perfecto.

Habían estado excavando, plantando cargas de demolición en cada nuevo túnel. El dibujo que formaban aquellos túneles era claro en la pantalla: una estrella de ocho puntas, un tributo al Octeto profano.

Al oír los pasos de otro legionario que entraba en la cámara, apenas ladeó la cabeza: tan confiado estaba de su poder en aquel lugar. En su visión periférica pudo ver que Lathek seguía jugando con otro de los ultramarines supervivientes.

—No lo desangres del todo, Lathek. Todavía no.

Necesitaban la sangre de aquel guerrero, y la del capitán; pensó si debería enviar a Lathek a comprobar qué hacían con él Vorsch y Methkar. Todos los astartes prisioneros debían vivir de momento, al igual que los humanos hacinados al fondo de la cámara. Su sangre era muy valiosa.

—El velo se abrirá otra vez —y dirigiéndose al guerrero que había entrado antes, preguntó—, ¿no es cierto, Kaeloq?

La figura dio un paso a su espalda.

—Apestas a sangre. ¿Me has traído sus cabezas o sus lenguas, mi discípulo?

Algo pesado rodó hasta los pies de Sedd, girándose hasta encarar al apóstol. Éste bajó la vista y se encontró con las lentes quebradas del casco de un ultramarine. Estaba empapado de sangre, y de la parte inferior asomaba el muñón de un cuello cercenado.

—Muy bien, Kaeloq.

Sedd volvió a alzar la vista a la pantalla en la que se representaban los túneles rituales que habían horadado en la roca —una vieja línea de alcantarillado, una vía de maglev deshabilitada, etcétera—. Sedd no había tenido más que unir los puntos: casi todo estaba allí ya, parte del patrón cósmico anterior a su llegada a Calth. Aquel búnker subterráneo de los Ultramarines sólo había proporcionado el nexo: un delicioso giro del destino. Hizo un gesto hacia la pantalla.

—Milagroso, ¿verdad?

—Lo es.

Dándose cuenta de que aquella voz no era la de Kaeloq, Kurtha Sedd se giró. Y reconoció al ultramarine que llevaba puesto el casco de su discípulo.

—Por la Palabra…

—Yo tengo una palabra para ti: dejaré que mi bólter la diga en mi lugar.

La ráfaga iluminó aquella oscuridad, abriendo como una fruta madura la coraza de Lathek y exponiendo sus entrañas. Se derrumbó con un gruñido sordo de dolor. El ultramarine que estaba encadenado, Hadrius, todavía con el cuchillo ritual de su torturador clavado en la clavícula, pateó la garganta de su captor cuando esté cayó al suelo.

Los gritos de alarma comenzaron a sonar por todas partes, fundiéndose con los de terror de los humanos que corrieron en todas direcciones en busca de refugio.

Sedd se movió más deprisa que sus guerreros y se puso a cubierto, gritando a sus discípulos restantes para que contraatacaran en el momento en que otro de ellos fue abatido.

Los Portadores de la Palabra no estaban a la altura de los Ultramarines como estrategas —quizá ni siquiera como guerreros— pero Thiel sabía que infravalorarlos como simples fanáticos sin cerebro era un error. Hadrius aprendió la lección a un alto precio, cuando tras liberarse de sus cadenas intentó cargar contra Sedd: su garganta y su brazo derecho explotaron bajo el fuego de otro portador de la palabra. Thiel gritó de rabia y abatió al asesino del ultramarine.

Sólo quedaba otro legionario enemigo además de Kurtha Sedd; el resto eran cultistas humanos. Vultius surgió de entre las sombras y mató a dos con sendos disparos de su bólter. Estaba herido, pero firmemente decidido a luchar.

Otro de los cultistas surgió de la oscuridad; empuñaba un cañón automático con una cinta de munición ondeante, escupiendo versículos aprendidos en la lengua herética de sus amos. Un brillante disparo láser lo alcanzó en el pecho, derribándolo, haciendo nacer un ardiente cráter que lo recorrió hasta la espalda.

Rowd tenía buena puntería, y Thiel agradeció tener al ex convicto cubriéndole la espalda.

El fuego continuado —el de Vultius y el de Thiel— contenía a los traidores, agazapados tras las consolas de mando. Bajo el ruido de los disparos, Thiel percibió el sonido de una salmodia rítmica, y reconoció la voz de Sedd.

—¡Capitán!

Vultius también lo había oído, pero estaba demasiado agotado, y permanecía apoyado tras una columna. El discípulo restante de Sedd alternaba sus disparos entre las posiciones de los dos ultramarines, repartiendo el fuego de supresión, impidiendo que Thiel obtuviera un blanco claro.

Pero Thiel no estaba solo.

—¡Rowd! —gritó por el canal de voz—. ¿Recuerdas aquellas latas en el campo?

La respuesta de Rowd casi fue engullida por el ruido de los bólteres.

—Nunca las he olvidado.

Thiel sonrió.

—Dispárale a una por mí, ¿puedes, soldado?

Asomándose por encima de los escombros tras los que se parapetaba, la culata del rifle apoyada en su hombro, el ojo fijado en el blanco, Rowd hizo un único disparo. La línea de láser atravesó el humo, ardiente en mitad de las sombras de la sala, e impactó justo encima del ojo del portador de la palabra. Apenas le hizo daño, pero fue suficiente para que éste se girara y buscará el origen de la nueva amenaza.

Aquel breve lapso en su concentración era todo lo que Thiel necesitaba: inmediatamente lo alcanzó con un proyectil en plena cabeza. Antes incluso de que el cuerpo decapitado tocara tierra, el ultramarine ya corría hacia Sedd tras descartar el bólter descargado.

Vultius se apartó de su cobertura en el momento en que el apóstol oscuro se ponía en pie, y descargó sobre él varios disparos. Los proyectiles explotaron contra el

aura oscura que lo rodeaba, el resultado de algún arcano ritual de invocación que lo estaba protegiendo de todo daño.

Thiel dio con el práctico inmediatamente, descartando el empleo de la pistola que llevaba enfundada al cinto. A bordo del Honor de Macragge, las espadas y las hachas habían sido más efectivas contra los no-nacidos que las armas de fuego. Quizá retenían un poder simbólico vinculado a tiempos pretéritos, a los viejos métodos empleados para desmaterializarlos. Thiel no tenía ninguna hoja disponible, ni siquiera su cuchillo. Las había perdido en el accidente del Rhino, incluso su preciada espada electromagnética, un arma de la armería personal de su primarca. Cuando se habían desplomado, un capricho del destino había querido que el descarnado cayera sobre aquella espada, atravesándose con ella de parte a parte, estallando y cubriendo a Thiel con su sangre demoníaca. Cuando recuperó la conciencia, los fluidos de la criatura estaban pegados y cocidos sobre su propia armadura, y en ese momento había formulado el teórico que le diera el factor sorpresa que necesitaba y el práctico con el que explotar aquella ventaja. El casco que había tomado de Kaeloq, repugnante como era, había completado su disfraz. En aquel momento, mientras se abalanzaba sobre Kurtha Sedd, en el momento en que la piel del apóstol se retorcía y cambiaba presa de la mutación nacida de la disformidad, Thiel empleó de nuevo aquel casco. Arrancándoselo de la cabeza, agradecido por librarse del hedor de su interior, lo blandió como un arma.

Sedd deliraba, extasiado con el poder que notaba manar de su interior.

—¡El velo se rasga, y yo asciendo!

—¡Tú mueres!

Thiel clavó el cuerno retorcido en mitad del casco labrado como una calavera.

Sedd gritó con dos voces en el momento en que el ritual comenzó a fallar, y el cambio descontrolado comenzó a recomponerlo y devorarlo a la vez. Servoarmadura, piel y carne se fundieron en una columna de sopa gelatinosa que comenzó a humear y temblar.

Apartándose de aquella horrenda criatura, Thiel desenfundó su pistola y apuntó a aquella masa que había sido Kurtha Sedd.

—¡Acaba con él, Thiel!

Los disparos de Vultius fueron simultáneos a los suyos, y ambos ultramarines vaciaron los cargadores contra aquel engendro. La detonación de cada impacto lo redujo progresivamente, arrancándole pedazos hasta que no fue más que una fisura en la realidad que después se desvaneció.

El eco de los disparos de bólter de silenció, y una calma sólo interrumpida por los sollozos y las palabras de agradecimiento de los humanos cautivos descendió sobre el centro de mando.

Herido, Thiel se tambaleó, toda su voluntad centrada en el acto de permanecer en pie, apretando con todas sus fuerzas la pistola humeante, como si temiera que la cosa que él y el capitán Vultius habían erradicado pudiera aún volver al plano material. Se encogió cuando sintió una mano apoyada en su brazo.

—Calma, sargento. Se acabó.

Hombres y mujeres dejaban a un lado sus coberturas y parpadeaban a la vez que la luz de emergencia que volvía a funcionar.

Thiel dio un golpe secó con el pie al cadáver de un portador de la palabra, aquel al que Rowd había alcanzado.

—Tenemos que asegurarnos de que están todos muertos… asegurar la zona…

—Dentro de unos minutos… —dijo Vultius, posando suavemente una mano sobre la hombrera de Thiel a la vez que éste se dejaba caer sobre una columna derribada, exhausto—. Me he equivocado al juzgarte, Aeonid, y lo siento. Eres un orgullo para la legión.

—No lo he hecho todo yo solo.

Thiel miró a Rowd.

El soldado estaba derrumbado contra una pared, las piernas extendidas, la cabeza caída a un lado. Había un profundo desgarro en su traje anti-radiación, uno que había estado allí desde que el techo del túnel se desplomara sobre ellos. No se movía, y había sangre en el interior de la máscara que colgaba de su cuello. Los ojos de Rowd seguían abiertos, pero no parpadeaban, y ya no veían.

—Valiente e imbécil bastardo… Me seguiste a la superficie a pesar de todo…

Vultius siguió la mirada de Thiel.

—¿Un recluta de una división penal?

Thiel negó con la cabeza.

—Un agricultor, un marido y un padre —tras una breve pausa hizo un gesto hacia la pantalla verdosa que mostraba el mapa de las excavaciones de los portadores de la palabra—. Imagino que encontraremos el corte de la línea de comunicaciones en uno de eso túneles…

Vultius asintió.

—Organizaremos equipos de supervisión, repararemos la línea y solicitaremos refuerzos. Tú y yo no podemos dirigir todo esto solos.

Dejando escapar un suspiro de dolor, Thiel se puso en pie.

—Tendrá que dirigirlo sin mí, señor.

—¿Cómo?

Los ojos de Thiel mostraban una mirada cansada, y no sólo por la lucha.

—Tan pronto como llegue la siguiente ola de refuerzos, volveré a Macragge. Cometí un error volviendo aquí.

—Pero debemos seguir luchando, sargento Thiel.

—Sí, debemos seguir haciéndolo. Pero no aquí. Esto no es más que propaganda, y yo no estoy hecho para la política. Sólo conseguiré decir o hacer algo que me valga una nueva marca roja en la servoarmadura.

Vultius hizo gesto de emitir una protesta, pero tras unos instantes asintió y sonrió.

—Puede ser que tengas razón —irguiéndose, realizó un saludo marcial que Thiel respondió inmediatamente—. Por el Emperador. Por Calth.

Thiel dirigió una última mirada a Rowd.

—Sí. Por Calth.

La cañonera se elevó, alejándose de la desnuda pista de aterrizaje situada a varios kilómetros de lo que había sido la ciudad de Numinus. Los refuerzos de la XIII Legión habían sido desplegados, y en aquel momento un único astartes permanecía a bordo aparte del piloto.

Una voz crepitó a través del canal de voz de la cabina.

—Asegúrese, sargento.

Thiel bajó el armazón de seguridad magnético. Su bólter estaba colocado en el baúl de carga sobre su cabeza, junto con su espada electromagnética: después de que se hubo asegurado la arcología, había vuelto al lugar del accidente del Rhino para recuperarla; no se habría atrevido a presentarse ante lord Guilliman sin ella.

La servoarmadura de Thiel había sido reparada y pulida, pero los prácticos que había grabado sobre la ceramita aún permanecían allí. Él no los necesitaba para recordar sus planes de batalla, pero debía conservarlos como legado, preservar su lógica de batalla para generaciones futuras. Cuando volviera a Macragge, tenían intención de ofrecérsela a su primarca.

Cuando atravesaron la atmósfera del planeta, la voz del piloto resonó en el canal de voz de nuevo.

—¿Contento de partir, sargento Thiel?

—Contento de volver a la guerra. ¿Ha cambiado mucho en mi ausencia?

Hubo una pausa mientras el piloto hacía los ajustes necesarios para el vuelo en el vacío.

—¿No se ha enterado?

Thiel entrecerró los ojos, prestando atención de verdad a aquella voz por vez primera desde que habían iniciado el ascenso.

—¿Enterarme de qué?

—De lo que lord Guilliman está construyendo…

Thiel frunció el ceño.

—¿Qué está construyendo exactamente?

—Imperium Secundus.

FIN DEL RELATO